

par su escaño en el Ayuntamiento. Esta es la rigurosa verdad.

Y en cuanto a mi caso, el oficio del Sr. Gobernador Civil es completamente claro, pues que acusa sin ambages la ilegalidad del acuerdo adoptado contra mí. Estoy, pues, ocupando este escaño con perfectísimo derecho. Y nada más. (El público aplaude. Campanillazos presidenciales).

Usa de la palabra después el señor González Espejo para contestar a Portela, ratificándose en cuantas manifestaciones hiciera en la sesión anterior, Y SEGUIR PROTESTANDO DE QUE EL SEÑOR PORTELA OCUPE ASIEN-TO EN ESCAÑOS.

**(Señor Gobernador: Esta protesta imprudente y descarada del Sr. González Espejo, después de leído el razonado oficio que Vucencia dirigió al señor Alcalde, en respuesta a la consulta que esta autoridad le hiciera, envuelve claramente a su vez una protesta irrespetuosa y atrevida contra la contestación y la autoridad misma de Vucencia. Vucencia, pues, tiene la palabra, porque entendemos que no pueden quedar flotando en el ambiente, sin ninguna consecuencia, palabras y actitudes que pretendan saltar por encima de la Ley y por encima de las jerarquías encargadas de imponerla).**

Al abandonar sus puestos los concejales republicanos y socialistas, el público en pie les ovaciona largamente, iniciándose un escándalo ensordecedor.

El Presidente agita fuertemente la campanilla contra la mesa y reclama orden a gritos, pero el tumulto arrece por segundos, se oyen imprecaciones y demuestras contra los monárquicos que permanecen inmóviles en sus escaños.

*No dudamos, no, que de aquella expropiación que ha sido objeto de un expediente municipal no terminado ha de dar en su día el Sr. Echevarría explicaciones claras y convincentes que serán dadas por buenas por la representación municipal y por el buen pueblo; pero mientras tanto hemos de señalar que a este tercer líder, al que siempre hemos respetado y hasta tenido afecto por su seriedad y hombría de bien, le va muy mal en el papel de acusador en maniobras de rastrro político.*

*¿Y el cuarto caso? ¡Ah! este merece capítulo aparte. ¿Quién va a dudar de la buena fe y amor a Cuenca de ese grandullón de Casillas, el buen hombre al que se le han atragantado los artículos de la Ley Municipal y los números de Viejobueno? ¡No! No se puede dudar en absoluto. El lleva su leccioncita aprendida a medias en el despacho de trabajo diario de su amo, el gran Viejobueno, ese hombre que pasará a la historia local como una institución conquense de dinamismo en todos los sectores y en todas las direcciones. Buenos hombres y buenas personas los dos. Qué lástima que tanto el mentor como el discípulo, esos dos buenos vecinos de Cuenca, tengan esa incompatibilidad moral para juzgar e intervenir en la administración municipal por ser a su vez los informadores, insigladores y defensores de ese endémico pleito de la Mancomunidad que todos los años trae una nueva preocupación a los administradores de la ciudad.*

*Esos son, a juicio del pueblo, los cuatro instrumentistas principales de la fanfarria derechista que, acompañados por el del bombo, el de los platillos y el don equis del instrumento desconocido, componen la orquesta. Y al pueblo le suena mal porque al pueblo le gusta la buena música. Y el pueblo, que es el máximo juzgador y sabe, por instinto, de incapacidades más que la misma ley, ha juzgado ya a quienes no tienen capacidad para juzgar, acusar y administrar.*

*Y el pueblo, que se está cansando de tanta murga y ha requerido la estaca, ha dicho airadamente por boca de un espontáneo: ¡¡Aquí se viene a administrar la ciudad y no las bajas pasiones personales!!*

*Y de los bancos de las izquierdas, de donde han surgido un sin fin de iniciativas y realidades de buena administración en estos dos años y medio de gestión admirable, salió una voz emocionada: ¿No veis que no nos dejan...?*

*Esta es la jornada de los cuatro casos. ¡¡El Poder a toda costa!! Y para tener el Poder hay que ganarlo en buena lid, y merecerlo. Y no olviden que el Poder lo da y quita legítimamente solo el pueblo.*

El ruidoso incidente llega a tomar tal magnitud que Alfredo se ve obligado a suspender la sesión en evitación de mayores males.

El público abandona el salón en medio de un imponente griterío y se estaciona en el exterior aguardando la salida de los derechistas. Estos tardan un buen rato en abandonar el local. Sin embargo, el público espera.

Al fin, salen los leguleyos y el público les propina una silba estrepitosa.

En las tertulias nocturnas, cuando ya los ánimos se mostraban serenos, oímos comentar la sesión en términos de justa condenación para la conducta de nuestros adversarios, interesados únicamente en desarrollar el ruin plan político de difamación y descrédito.

Más ya veremos si el resto de la Corporación se presta a tolerar situaciones tan lamentables como la del lunes último o si, por el contrario redobla sus esfuerzos por

mantener con dignidad el prestigio de la Corporación municipal.

La Presidencia, al escuchar estas palabras últimas del Sr. Espejo, advierte que el oficio del señor Gobernador no ha debido ser bien entendido.

El Sr. Torralba solicita del Presidente que consten en acta con toda exactitud las manifestaciones del Sr. Espejo, ya que, como antes decimos, suponen una postura de rebeldía frente a la interpretación justa que el Gobernador civil hace en su oficio del caso del Sr. Portela. (Aplausos en el público).

El Sr. González Espejo guarda silencio.

### El ensañamiento monárquico

Continúa apacible la sesión con informes diversos de las Comisiones municipales y otros asuntos

de trámite. Y cuando creíamos que nada ocurría ya, el Presidente anuncia como un epígrafe más de la orden del día, una moción suscrita por varios señores concejales.

El documento en cuestión es otra nueva denuncia de la minoría ultraderechista, sacando a colación otro descubierto contributivo de Portela de carácter puramente profesional.

Y como en la sesión anterior les salió mal el truco de la suspensión de nuestro correligionario, esta vez solicitan se vote la incapacidad del mismo. (El público comienza a protestar ruidosamente, desoyendo las advertencias del Presidente que conmina con desalojar el salón).

El Alcalde manifiesta que su criterio es unir esta moción a la anterior para que surta sus efectos en el expediente que se incoa.

Iguales manifestaciones en tono de ruego hace Ramón Portela.

Pero las derechas cuentan su número, advierten que se encuentran en mayoría y exigen por labios del Sr. Espejo que se vote su proposición.

Interviene el Concejal socialista Sr. Torrero atinadamente para protestar de que la labor de las derechas se contraiga a plantear en las sesiones del Ayuntamiento estas cuestiones de tipo personal, desatendiendo por completo la verdadera misión administrativa que el pueblo tiene encomendada a los Concejales. Y buena prueba de ello es que el Sr. González Espejo, en todas las sesiones, tan pronto se agotan estas intrigas de baja política, se ausenta del salón, precisamente en los momentos en que comienzan a discutirse los asuntos de verdadera trascendencia para el Municipio. Esto —dice— no se puede tolerar. (Grandes aplausos del público y fuertes campanillazos del Alcalde. Los rumores se hacen cada vez más recios).

El Alcalde, con gran energía, advierte que el Ayuntamiento lleva ya dos meses invalidado por estas triquiñuelas que nada importan al vecindario, y se lamenta de que los concejales de los bancos de la derecha pongan a la Corporación en trances de soporitar estos espectáculos vergonzosos. (Entre tanto, el público increpa a los monarquizantes.)

El Sr. Espejo sigue insistiendo, en medio del rumor ya más que regular, para que la proposición se vote.

Se levanta en su escaño el señor Torralba, lo que produce un silencio absoluto. Y puesto en pie, dice:

—Señor Presidente y señores concejales: Como yo no he venido aquí a ventilar cuestiones personales como la que se plantea, sino a hacer administración, no puedo tomar parte en la votación que se pide, ni siquiera presenciaria; y por lo tanto, me ausento del salón.

Esta actitud del Sr. Torralba es secundada por sus compañeros de los escaños de izquierdas que quedan desiertos.

Las derechas miran con cierta inquietud en todas direcciones.

Volvieran hasta hace poco los hombres más comprensivos del campo de la política y de la economía, los ojos afanosamente, hacia los Estados Unidos de Norteamérica. Unos, con el anhelo de ver si surgía la panacea que resolviera la angustia económica que preocupa, abate y aniquila a la sociedad actual. Otros, con la esperanza de comprobar, una vez más, que la actual organización económica es incapaz, de hallar los remedios que precisa, para revitalizarse en el grado suficiente que le haga posible continuar viviendo en la forma en que hoy lo hace.

El ensayo europeo de resurgimiento capitalista individual, con apariencia de corporativo, a pesar de todos los esfuerzos, de todas las violencias, de todos los afanes de directores y colaboradores, bien patente han hecho los últimos sucesos de tipo internacional, a donde conduce el sistema, y en breve tiempo.

No hay solución por esa parte, para los problemas económicos, pese a que por el sistema se pronuncian factores tan importantes y destacados, como las masas católicas en unión de entidades bancarias, católicas unas, protestantes otras, judías en mayor número, cosa nada

sorprendente, porque el dinero no tiene religión.

Pero volvámos a Norteamérica. Subió Mr. Roosevelt, a ocupar la Presidencia del Gobierno de su país, en momentos tan críticos, que la moratoria bancaria era general. La crisis llegó a ser tan profunda, que el mundo capitalista miraba con espanto, cómo cruzaba todo el tinglado bancario y empezaban a hundirse estrepitosamente empresas de todas clases, que meses antes, aparecían como robustos colosales de la economía capitalista.

A tal grado llegaba la descomposición, que todo el que recuerda de aquellos días —hace poco menos de año y medio— sabe que hubo semanas enteras, en que la circulación monetaria había cesado casi por completo.

Ante la situación, verdaderamente trágica, precipitada por los agiolistas que tantos males produjeron, Mr. Roosevelt traza a grandes rasgos las líneas de un programa de acción económica, que encauce y resuelva, hasta el límite de lo posible, el caos que habían creado los capitalistas. Enténdase bien, los

capitalistas ayudados por los que en España se llaman, personas de orden; el elemento humano productor de riqueza, en aquellos acacimientos, solo había cerrado el estómago, y como siempre, puesto la espalda para recibir los golpes de los polizontes encargados de velar por la propiedad y por el orden establecido.

Un objetivo principal se destaca entre los propósitos que animaban al Presidente; y este objetivo era, la seguridad, de un mensaje a la Nación norteamericana, son las palabras siguientes: «Esta seguridad para el individuo y para la familia, depende de tres factores principales: el pueblo necesita viviendas decentes; necesita levantar esas viviendas allí donde pueda encontrar un trabajo productivo, y necesita protección contra los azares, que no puedan ser eliminados totalmente de este mundo hecho por los hombres. Estos tres objetivos son el mínimo de la promesa que podemos ofrecer al pueblo americano».

Terminaba su mensaje con estas palabras justificativas del programa que en dicho docu-

mento trazara: «El temor y la preocupación por los peligros desconocidos, contribuyen a la agitación social y a la desmoralización económica. Si como declara nuestra Constitución, el Gobierno federal ha sido establecido entre otras cosas, para promover el bienestar general, es nuestro deber evidente atender a esa seguridad de la que depende el bienestar general.

Los propósitos del Presidente, necesitaban para su realización, tiempo y concurrencia de factores activos, a fin de llegar a conseguir por vía pacífica la reparación de una economía tificada por la organización capitalista actual; pero, modificada, tan profundamente cuanto fuese necesario, con el fin de hacerla apta para el cumplimiento de las funciones económicas que el mundo exige en la hora actual.

Los banqueros y demás servidores de las grandes concentraciones de valores, deprimidos por las consecuencias de su propia obra, ofrecieron, con la incondicionalidad característica de estos elementos, su colaboración a Mr. Roosevelt, y llega-

ron a aceptar, con la generosidad peculiar que les caracteriza, algunas reformas, como la regulación de horas de trabajo, de mujeres y niños y otras no menos interesantes.

Tales transigencias se realizaban durante el verano pasado; ha bastado el tiempo transcurrido, para comprobar plenamente el resultado negativo para el factor obrero; enseñanza innecesaria porque en tal tipo de conducta, ninguna originalidad han tenido los norteamericanos; la parte en realidad interesante, del proceso aludido en este trabajo, es el ataque a fondo que sufren los pequeños y medianos propietarios, agrícolas, industriales, comerciantes, etc; es decir que allí, el gran capital, para subsistir se ha lanzado abiertamente a una empresa de proletarización de burgueses; empresa, que en Europa no se ha empezado de una manera franca más que en contados países.

Es cuestión importantísima, que silencia o desfigura—como es natural—un gran sector de la prensa nacional, pero que por sus consecuencias debiera interesar al pequeño y mediano propietario español, que totalmente desorientado, atiende al señuelo cuando puede, ser atacado por la espalda. A. Hernández

## AIRES DE FUERA

### LA N. R. A.